

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Gestión Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente**

Viernes 15 de septiembre de 2006 en la Ciudad de Formosa

Cine y Formación Docente 2006

Después de la familia tipo, ¿qué? A propósito de *Historias de familia*ⁱ

Por Mariana Cantarelli

I.

No hay dudas de que el mundo ya no es el mismo. Tampoco hay dudas de que difiere enormemente del que alguna vez proyectamos. Quizá sea en el campo de los vínculos familiares donde más aguda y desesperadamente registramos indicios de esa intensa transformación. La vida familiar transcurre de un modo muy distinto al que imaginamos hace no demasiado tiempo. En definitiva, hoy los vínculos parentales adquieren unas formas, presentan unos obstáculos, generan unas preguntas difíciles de responder con los recursos heredados.

La propuesta del texto es pensar esos nuevos vínculos familiares. En rigor, pensar las construcciones vinculares que nos sorprenden, nos asustan, nos fastidian y hasta nos dejan mal parados. Pero también que nos alegran, gratifican, desafían y hasta nos permiten ser otros de los que éramos. Sin ir muy lejos, detengámonos en las relaciones con nuestros hijos y nuestros padres. Entre una experiencia y la otra, hay un mundo. O tal vez, varios mundos. Ser hijo de aquellos padres y ser padres de estos hijos nos enfrentaba y nos enfrenta con preguntas, problemas y temores absolutamente distintos. Pero no se trata de una diferencia meramente generacional. No alcanza con decir que la diferencia es generacional. Como estamos ante un abismo, la distancia es de otra naturaleza. Nuestro universo vincular es radicalmente otro.

Si asumimos que nuestro escenario es así, hay mucho que desandar y tanto que pensar. ¿Por qué? Porque nuestras experiencias familiares son otras que las heredadas. Entonces, aparece una verdadera pregunta: ¿cómo pensamos eso que no se deja pensar desde lo viejo? Sospechamos que no se trata

de una interrogación meramente sociológica sino intensamente existencial: ¿cómo pensamos (en verdad, cómo habitamos) los tiempos que nos tocan vivir?

Según cierto poeta, no hay épocas más difíciles que otras. También dice el poeta que el tiempo presente siempre es el más complejo porque es el que nos vivimos. En eso estamos: viviendo tiempos difíciles, viviendo tiempos de cambio. Nuestra dificultad epocal reside, en gran medida, en que los vínculos familiares están en proceso de mutación. Y esa mutación nos enfrenta con una serie de preguntas y cuestiones. En resumen, ¿qué es lo que se está transformando? ¿De qué hablamos cuando hablamos de mutación vincular? ¿Qué alteraciones introduce la pérdida de dominancia de la familia tipo?

Pensar la experiencia vincular contemporánea requiere de un primer movimiento: situar las *condiciones de época*. En definitiva, requiere que admitamos que las condiciones de la experiencia contemporánea no son las de un mundo disciplinario y ordenado sino la fragmentación general. En otros términos, nuestro horizonte no son las instituciones que disciplinaban el deseo y domesticaban la pasión sino la amenaza permanente de aislamiento. Por eso mismo, el problema de esta generación, la nuestra, no es la vinculación sino la desvinculación.

En verdad, la percepción de la variación del horizonte general resulta sorpresiva e incómoda. Pero también resulta cierta. Tan cierta como la percepción de que las formas sociales actuales adquieren unas configuraciones extrañas para nuestra sensibilidad. Por ejemplo, relaciones que duran poco o nada (demasiado breves para nuestra sensibilidad); padres muy tolerantes con sus hijos (demasiado permisivos para nuestra sensibilidad); madres que no parecen

madres sino hermanas de sus hijas (demasiado fraternas para nuestra sensibilidad); asociaciones que se desarmen antes de armarse (demasiado frágiles para nuestra sensibilidad).

La pretensión de investigar *los vínculos familiares* en nuestras condiciones nos sitúa ante una segunda interrogación. Además de preguntarnos qué es lo que está cambiando en el campo de los vínculos, nos preguntamos: ¿cómo lo pensamos? ¿Con qué recursos? ¿Con qué estrategias? Porque, en principio, no se trata de pensar *lo nuevo* con *lo viejo*. Más bien, la empresa exige pensar lo nuevo desde lo nuevo. En resumen, los cambios nos enfrentan, además, con otra cuestión: los cambios alteran los vínculos pero también alteran las formas de pensar los vínculos. Si pensamos las nuevas configuraciones familiares con las viejas estrategias de pensamiento (construidas en otras condiciones de época), muy posiblemente no seamos capaces de captar lo vincular de estas novedosas experiencias. Como los ojos ven lo que están acostumbrados a ver, nos encontramos ante un desafío: mirar las nuevas *estrategias vinculares* con otros ojos. Pero esta mirada no es consecuencia de la buena voluntad sino de construir operaciones y procedimientos que nos permitan empezar a percibir de otro modo. Algo así como mirar *lo que hay* desde lo que hay y no desde *lo que debería haber*.

II

*Historias de familia*¹ nos cuenta la historia de la familia Berkman. En principio, estamos ante una familia tipo (padre, madre y dos hijos varones de 16 y 12 años) que vive en Brooklyn. Pero la historia transcurre en 1986 y son tiempos de cambios. Los padres, universitarios durante fines de los '60 y principios de los '70, son escritores marcados por los sentimientos, pensamientos y acciones de esa generación política y estética. Es decir, por una generación que pone en cuestión otra serie de sentimientos, pensamientos y acciones. Inclusive, el programa de la familia tipo (matrimonio,

monogamia, unión vitalicia, subordinación de la mujer al varón, etc.) es cuestionado a partir de experiencias tales como el amor libre o el feminismo.

Ahora bien, cuál es el conflicto que retrata la película en el campo de los vínculos familiares. Si bien la semblanza se concentra en la separación de matrimonio Berkman y sus consecuencias sobre padres e hijos, el asunto excede esta situación en particular. En rigor, *Historia de familia* registra el derrotero familiar de nuevos padres y nuevos hijos. Por un lado, el agotamiento del patriarcado como fondo de época. Por el otro lado, jóvenes y niños que no se dejan pensar por las viejas instituciones juveniles e infantiles. Sobre estos dos fenómenos, volveremos. Pero vale anticipar que tanto la destitución del patriarcado como la infancia moderna componen un cuadro de situación en el que el sufrimiento deviene otro, sobre todo si lo comparamos con el malestar dominante en tiempos modernos, es decir, cuando la familia (y el resto de las instituciones. Por ejemplo, escuela, hospital, fábrica, etc.) eran máquinas disciplinarias de la vida social.

A partir de estos tres ejes problemáticos (alteración en el estatuto del sufrimiento, agotamiento del patriarcado y destitución de la infancia), nos interesa plantear las configuraciones familiares que resultan tras el desdibujamiento de la familia tipo. Veremos qué es lo que hay, veremos qué se puede construir en las nuevas condiciones.

III

1. El malestar vincular

El sociólogo polaco Zygmunt Bauman se pregunta por el estatuto actual del sufrimiento. Y al hacerlo, si bien no nos ofrece una teoría sistemática sobre la materia, nos regala una fina percepción: hoy, las penurias y los sufrimientos están fragmentados, dispersos, esparcidos. Es como si los sufrientes no hallaran la forma de ligarse con otros en igual situación. Sufrimos pero, además, sufrimos aisladamente.

Continuemos con una segunda nota sobre el sufrimiento. En *El malestar en la cultura*, publicado en 1929, Sigmund Freud nos inicia en este asunto. Al preguntarse qué es lo que los hombres esperan de la vida, construye una asociación inquebrantable entre malestar y humanidad. Hasta podríamos decir, siguiendo al padre del Psicoanálisis, que

¹ *Historias de familia* es una película norteamericana de cine independiente estrenada en el 2005 que retrata de la vida de una familia de Nueva York durante 1986.

donde hay malestar, late lo humano. Por supuesto que lo humano es mucho más que malestar. Pero la intervención de Freud, en este sentido, consistió en postular que el malestar es inherente y constitutivo de la cultura. En definitiva, que no es posible concebir una sociedad sin sufrimiento.

Para Freud, la cultura es *la* fuente de malestar para los individuos. Pero, además de malestar, tiene la marca de un gran beneficio: *seguridad y protección* frente a los peligros que provienen de la naturaleza, el propio cuerpo y las demás personas. Pero ¿cómo puede ser malestar y protección a la vez? ¿De dónde proviene el malestar si, en rigor, es la cultura la que nos ofrece resguardo? En principio, procede de las restricciones que la cultura le impone a la libertad individual en nombre de la vida en sociedad. En definitiva, la cultura exige que los instintos más profundos sean acallados y reprimidos en favor de un valor superior: en este caso, la seguridad. La cultura es una suerte de transacción donde sacrificamos gran parte de nuestra libertad individual a cambio de protección social.

Así definida, la cultura tiene el signo del malestar. Es cierto que ha sido así en todas las épocas y seguirá siéndolo. Sin embargo, el disgusto no es siempre el mismo. No tiene las mismas causas ni las mismas formas. Podríamos plantear, en resumen, que cada momento histórico genera su malestar específico. Como somos testigos de un proceso de mutación en las relaciones sociales, no sería demasiado aventurado señalar que también somos testigos de la mutación en los padecimientos.

Algo de esto destaca Bauman cuando traza la diferencia entre el malestar en las sociedades modernas –el malestar sobre el que escribió Freud y que dio lugar al Psicoanálisis– y el malestar actual. Mientras el sufrimiento moderno impedía el despliegue de los deseos más elementales y profundos de los hombres al someterlos a las normativas y disciplinas existentes (pensemos, por ejemplo, en la normativa escolar, el mandato paterno o la moral sexual promedio), el sufrimiento actual pasa por la fragmentación y la dispersión (pensemos, por ejemplo, en el aislamiento, la depresión o la ausencia de proyectos).

Volvamos sobre lo planteado. Si en las sociedades modernas el malestar era básicamente cultural porque surgía de los

renunciamientos que cada sujeto debía imponerse para poder gozar de la protección que ofrecía la sociedad; hoy, por el contrario, ese malestar se ha trasladado a la esfera individual. Los sufrimientos contemporáneos se viven en soledad. El malestar en la cultura, es decir, el *malestar por pertenecer a la cultura*, deja paso al *malestar por desvinculación*. El escenario para la construcción vincular, definitivamente, es otro.

De la gran vinculación a la gran desvinculación

Naveguemos un poco más por las transformaciones actuales para desentrañar los nuevos sufrimientos. La crisis de la sociedad actual implica una transformación vasta, pero ¿en qué consiste esta transformación? Por un lado, es el fin de la *era de la gran vinculación*, de una era caracterizada por la *articulación social*, por la necesidad de producir un *orden artificial* en reemplazo de los viejos *vínculos naturales*. Como parte de esa artificialidad, el régimen social garantizaba un suelo institucional común. El Estado y sus instituciones (la familia, la escuela, el cuartel, la fábrica, el sindicato, el partido, etc.) hacían de la vinculación mutua el marco y el lenguaje de la existencia social. En rigor, una vida podía ser pensada como la rutina que, más allá de sus variedades, transcurría *de la casa al trabajo y del trabajo a la casa*. Por el otro, la crisis de la sociedad implica el pasaje de la *gran vinculación* a la *gran desvinculación*. Si la sociedad se distinguía por la articulación entre sus términos, aunque muchas veces resultaba opresiva y hasta alienante, también se distinguía por la relación entre sus miembros. En definitiva, la ingeniería social creada por la política y el Estado modernos era una figura institucional que tendía a asegurar la inclusión de sus agentes. Por eso mismo, la crisis de esa figura supone el ingreso en la era de la desvinculación.

Como se escucha decir cada vez más frecuentemente a sociólogos e historiadores: los sistemas actuales de dominación no se fundan en el disciplinamiento integrado sino en la desregulación flexible. Si el disciplinamiento integrado era la operación de la dominación estatal; la desregulación flexible es el procedimiento del capital financiero, el que despliega un tipo de dominación que no requiere la reproducción

del conjunto del cuerpo social. Subordinado a su designio a-territorial, hoy está en Guatemala, mañana en China, pasado en Rusia. Desentendido de la producción social, se desplaza según la demanda más tentadora. De esta manera, pareciera que los nuevos poderes económicos han perdido interés por la supervisión y control de las rutinas sociales. ¿Por qué? Porque supervisar y controlar es muy costoso, demasiado costoso.

Mientras que el Estado Nación co-administraba con el capital productivo la reproducción material y simbólica del cuerpo social (pensemos en los sistemas escolares y jurídicos pero también en los sistemas sanitarios, entre otros procedimientos estatales de reproducción), el capital financiero busca deshacerse de estas tareas. Si esto es así, intuimos que la sociedad articulada e integrada, tal cual la conocimos, está en proceso de transformación.

No hay dudas de que la fragmentación es un rasgo sobresaliente de nuestra época porque las instancias que producían la gran vinculación, hoy *pueden menos de lo que podían*: el Estado está en crisis; la política desacreditada; las identidades partidarias debilitadas. Estado, política y partidos operaban como máquinas de construcción social: ligaban, conectaban, enlazaban, unificaban. En definitiva, producían tejido social. La *fragmentación*, entonces, surge cuando aquellas instituciones que armaban la coexistencia social pierden capacidad de composición y ya no logran hilar, con la fuerza de antes, el tejido social.

Ahora bien, la fragmentación no es un dato exclusivo de la situación argentina sino una condición general. Nuestra era es la era de la desvinculación y esto implica que la lógica social moderna se ha alterado esencialmente. Si la sociedad se caracterizaba por la composición de las partes en un todo superior y articulado vía el Estado y sus instituciones (la familia, la escuela, los partidos, la fábrica), los escenarios actuales se caracterizan por la dispersión de las partes. O más precisamente, por la imposibilidad de componer los diversos elementos heterogéneos en un conjunto superior capaz de organizar un juego social de reciprocidades.

Ahora bien, el agotamiento de la lógica moderna de dominación no significa el pasaje

de la servidumbre a la libertad sino una variación cardinal en las formas de dominación. Si bien la dominación actual ya no está obsesionada por la normalización y regulación de los actos humanos, es decir, que ya no necesita del disciplinamiento de sus agentes, tiene su procedimiento particular. La operatoria de mercado prospera sin imponer limitaciones al ejercicio de la libertad. En las nuevas condiciones, el horizonte de dominación no es la alienación sino la ausencia de sentido y fragmentación. Por eso mismo, el sufrimiento no resulta de la opresión cultural sino de la fragmentación individual.

Inseguridad, incertidumbre y desprotección

Según Bauman, lo específico del sufrimiento contemporáneo es la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección. Son tiempos de fragmentación. Es cierto que esos padecimientos recorren otras situaciones históricas. Posiblemente sea así, seguramente sea así. Pero lo propio de nuestra actualidad no son esos padecimientos sino fundamentalmente la inexistencia de instituciones capaces de hacer con la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección.

Las condiciones del mundo actual son básicamente inciertas. Más radicalmente, la lógica actual (desregulación, flexibilidad, etc.) prospera con la incertidumbre y la reproduce. Justamente por eso, la incertidumbre contemporánea no es un fenómeno accidental sino habitual: es el suelo mismo sobre el que vivimos. Pero lo verdaderamente novedoso de esta situación, para Bauman, no radica en la necesidad de actuar en condiciones de incertidumbre, sino en la tendencia a destruir las defensas construidas con el fin de combatirla. Más fragmentación.

En definitiva, lo propio de nuestra época es que las estrategias que permitían hacer frente a la desprotección han dejado de ser colectivas. Las instituciones que ofrecían protección, hoy sufren un paulatino debilitamiento, provocando una sensación de indefensión sin precedente. Al mismo tiempo, el desgarramiento del lazo social deja al individuo aislado en el miedo. Pero lo más aterrador es que los miedos experimentados individualmente no pueden ser compartidos

ni aglutinados en una causa común y mucho menos en una acción conjunta.

No hay dudas que son tiempos difíciles, tampoco hay dudas que son tiempos de construcción. Si es cierto que la fragmentación es la condición de nuestra época, también es cierto que sufrimos por desvinculación. Justamente por eso, la tarea vincular es la reconstrucción. Volver a ligar, conectar, amarrar. Como decía un viejo político y poeta francés: *“En tiempos difíciles, no abandoné la ciudad; en los buenos tiempos, no tuve intereses privados; en tiempos desesperados, no temí nada”*. La sugerencia es tentadora. Son tiempos difíciles. Es decir, no hay que abandonar la ciudad. Más bien, hay que reconstruirla a pesar de la inseguridad, la incertidumbre y la desprotección. Si construimos algo, es cierto que el malestar no desaparecerá. Pero, al menos, habrá cedido algo. Lo que, dadas las circunstancias, no parece poco.

¿Por qué sufre la familia Berkman? ¿Por qué sufren padres e hijos? Si bien la separación del matrimonio Berkman es el punto de partida de la historia, el sufrimiento tanto de Bernard y Joan como de sus hijos (Walt y Frank) no se reduce a ese desenlace. No hay dudas de que Walt y Frank sufren porque sus padres se han separado (y si lo reclaman a su madre en más de una oportunidad. Recordemos, por otro parte, que los romances extramaritales de Joan son una dimensión más de ese reclamo) pero sobre todo sufren porque están aislados. La separación de Bernard y Joan, en verdad, nos dice de otra separación: no hay vínculos entre padres pero tampoco entre padres e hijos. El aislamiento copa la escena familiar y el malestar es consecuencia de tamaña desligadura.

Al respecto, hay una secuencia paradigmática: los tres días que Frank, de 12 años, pasa a solas en casa. La situación es francamente desgarradora. Por un lado, una madre que se va de vacaciones con su novio y no espera, antes de partir, que su ex marido recoga a su hijo. Por otro lado, un padre que, con su hijo mayor y una de sus estudiantes, pasa el fin de semana fuera de la ciudad. La madre supone que Frank está con su padre, el padre supone que Frank está con su madre. Las suposiciones, nuevamente, impiden que alguien se encargue del niño.

Ahora bien, el sufrimiento no es exclusivo de Frank. También sufren Bernard, Joan y Walt. Pero, tal vez, lo más asombroso de la película es lo poco que hacen los protagonistas con ese malestar. No se arma nada. Más bien, se desarma. La condición contemporánea del sufrimiento se muestra: estos personajes no sufren por estar por estar demasiado vinculados sino por estar dispersos, desamarrados, desvinculados.

2. El agotamiento del patriarcado y la destitución de la autoridad masculina

¿De qué hablamos cuando hablamos de patriarcado? Comencemos por una primera definición. El patriarcado se apoya entre tres fundamentos: la autoridad del padre, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los niños. *Autoridad, subordinación y dependencia* son operaciones y procedimientos subjetivos. Podríamos decir que se trata de subjetividades distintas. Los modos de pensar, sentir y actuar en clave de autoridad no son los mismos que en lógica de subordinación o dependencia.

Hagamos eje en la figura del padre. Éste es, ante todo, autoridad. Una suerte de pequeño rey doméstico. Pero lo de pequeño y doméstico, no debe hacernos creer que se trata de una simple metáfora. Todo lo contrario. En este caso, la metáfora expresa, efectivamente, aquello que encarna. El padre, en tiempos de patriarcado, es un *príncipe*: el que imita, en casa, el gobierno de los hombres en política. Si el padre es la autoridad, la mujer es su subordinada. Pero ¿por qué es subordinada? Ante todo, porque es percibida como un ser inferior y/o débil. Justamente por eso, debe ser conducida. Si ése es el destino de la mujer en condiciones de patriarcado, el puesto de los niños es ser dependientes del “rey”. Como la familia es un modelo de sociedad política y el padre el jefe de esa organización, los hijos son el pueblo.

Autoridad, subordinación y dependencia son las tres operaciones que hacen patriarcado. Si bien esas operaciones recorren las más diversas realidades históricas, varían intensamente de situación en situación. Por ejemplo, los mecanismos de construcción de autoridad paterna no son los mismos en el Antiguo Egipto que en la Baja Edad Media o en la familia nuclear burguesa. Lo propio sucede con la subordinación de la mujer: si

bien siempre es una subordinada para el patriarcado, la operatoria no es la misma en las sociedades antiguas que en las modernas, por ejemplo. Sin ir tan lejos en el tiempo, la dependencia de los hijos se redefine intensamente con la institución moderna de la infancia. Pero a pesar de esa redefinición, el estatuto de los niños sigue siendo el de dependientes mientras el patriarcado es dominante.

¿El fin del patriarcado? Razones y fundamentos

Si el patriarcado se estructura a partir de los tres fundamentos antes destacados, pareciera que somos contemporáneos de su cesación y agotamiento. Esto no quiere decir que la autoridad paterna, la subordinación femenina y la dependencia filial hayan desaparecido de una vez y para siempre. Más bien, esto quiere decir que, en ciertos espacios sociales y geográficos, dejó de ser dominante. Para analizar las razones de la mutación del patriarcado, detengámonos en los argumentos que señala el sociólogo español Manuel Castells, especialista en las sociedades de la información, en *El fin del patriarcado: movimientos sociales, familia y sexualidad*. Para este analista de lo contemporáneo, el fenómeno de marras no se explica solamente por la difusión de la ideología feminista. Esas ideas, por otra parte, circulaban hace más de 100 años. Pero hasta hace menos de 35 años, el patriarcado todavía gozaba de muy buena salud. La pregunta, entonces, es por qué esas ideas “prendieron” en los últimos años. Para Castells, el debilitamiento del patriarcado es resultado de la combinación de cuatro razones:

1. *La mutación de la economía y el mercado laboral*, en conexión con la apertura de las oportunidades educativas para las mujeres. El trabajo, la familia y los mercados laborales han sufrido una profunda transformación en el último cuarto de siglo con la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado fuera de su casa. Ahora bien, este proceso tiene consecuencias sobre el patriarcado. Entre tantas otras, la contribución financiera de la mujer resulta decisiva para la economía

familiar. De esta manera, el poder de negociación femenino tiende a aumentar.

2. *Las variaciones tecnológicas de la biología, la farmacología y la medicina* permitieron el control sobre el embarazo y la reproducción humana.
3. En este contexto de alteración económica y tecnológica, *el desarrollo del movimiento feminista*, sobre todo después de los años 60, resulta clave.
4. *La rápida difusión de las ideas en una cultura global e interconectada*, donde las experiencias diversas circulan. En este sentido, los movimientos sociales, sobre todo los feministas y homosexuales, pusieron en cuestión la heterosexualidad como norma exclusiva. Otra herida para el patriarcado.

¿De qué hablamos cuando hablamos del agotamiento del patriarcado? En principio, el agotamiento de una lógica social no implica la eliminación de todas y cada una de sus operaciones. En este caso, autoridad, subordinación y dependencia. Más bien, implica que esas operaciones ya no son exclusivas y excluyentes de otras. En otros términos, ya no son el único lenguaje de la situación. Pensemos, por ejemplo, que la inclusión de la mujer en el mercado de trabajo y la obtención de una remuneración, altera el estado de cosas. ¿La mujer deja de ser una subordinada? Depende. Pero una dimensión nueva entra escena: el poder financiero de la mujer. Por otra parte, lo mismo sucede con la regulación de la reproducción humana. Si la mujer en el patriarcado encuentra su razón de ser en su papel de madre (o si se quiere, su destino era inevitablemente aquel), el desarrollo y la difusión de mecanismos de regulación reproductiva tienen consecuencias imponentes. La mujer puede decidir cuándo será madre pero también puede decidir si lo será. Corrida de ese destino, la maternidad es una posibilidad entre otras. Gran herida para el patriarcado. Tanto los movimientos feministas como la circulación de nuevas ideas y experiencias sobre la vida familiar y las relaciones entre los sexos, trabajan en la misma dirección: emergen otros modos de

relación entre varones y mujeres y entre adultos y niños. El patriarcado, entonces, deja de ser la norma. Y aparecen otros modos de pensar, sentir y actuar lo vincular. En definitiva, el agotamiento del patriarcado no es sinónimo de su desaparición. Se trata de otra variación. A saber: deja de ser la única chance en muchas circunstancias. Por eso mismo, somos contemporáneos de nuevos desafíos y posibilidades. Cuando la autoridad, la dependencia y la subordinación dejan de ser el único encuadre para las relaciones vinculares, construir otras operaciones y procedimientos de enlace es nuestra tarea subjetiva y política. Si no armamos otras estrategias vinculares, tendremos patriarcado; si armamos otras estrategias vinculares, contaremos con maneras más activas de habitar las condiciones actuales. Para seguir ese camino debemos volver a pensar, entre otras cosas, cómo construir autoridad sin patriarcado.

Consecuencias del agotamiento del patriarcado: nuevas configuraciones vinculares

El agotamiento del patriarcado implica, entre otras consecuencias, la crisis de la familia nuclear tradicional (parejas casadas en primeras nupcias con hijos). Pensemos, por ejemplo, en la multiplicación de las uniones consensuadas y los nacimientos de niños fuera del matrimonio. Más allá de esas variaciones objetivas que lesionan las formas y los contenidos de la familia patriarcal, detengámonos en algunas consecuencias en el campo relacional. A saber:

1. En principio, el agotamiento del patriarcado pone en cuestión a la autoridad masculina como práctica dominante. *El padre en tanto figura capaz de fundar el orden familiar y sus lugares* (en esta configuración, autoridad, subordinación y dependencia) *se desdibuja*. En otros términos, deja de ser el *príncipe* de la casa. En principio, para algunos, puede tratarse de una buena noticia. Y hasta podríamos decir que lo es. Pero recordemos que el príncipe, para ese enorme pensador de la política que fue Maquiavelo, es aquel que construye orden. Sin príncipe, y ésta es nuestra situación, tenemos
2. Por otro lado, el desdibujamiento de la autoridad paterna invierte una tendencia: *los vínculos verticales* (dominantes en tiempos patriarcales) *son desplazadas por vínculos laterales*. En principio, también podría tratarse de una buena noticia. Pero no siempre lo es. Pensemos en ese tipo de situaciones en las que padres y madres se desentienden de la condición de autoridad: madres que se parecen demasiado a sus hijas, padres cómplices de sus niños, madres que desafían a las maestras de sus hijos, etc. Por supuesto que el quid de la cuestión no está en la autoridad y la dependencia patriarcal. Entre otras cosas, porque la infancia (sobre la variación en el estatuto de la infancia, discutiremos en el próximo apartado) ya no es la que era. Pero, por lo que observamos, los vínculos laterales no resuelven todos los problemas. Nuevamente, la tarea exige redefinir las relaciones. También aquellas donde la verticalidad (en tanto que diferenciación de lugares y no como expresión autoritaria) es un componente ineliminable del vínculo.
3. Según una inquietante frase de Guy Debord, filósofo de la condición contemporánea, *“Los hombres se parecen más a su época que a sus padres”*. Estamos ante una frase realmente provocadora. Pero más allá de la provocación, destaca un variación decisiva en el terreno vincular. Un herida más para el patriarcado. Si es cierto que los hombres de hoy se parecen más a su época que a sus padres, es porque —entre otras cuestiones— los vínculos entre semejantes (amigos, hermanos, compañeros, novios) predominan por sobre los verticales (padres, maestros, abuelos, tutores). Los vínculos entre iguales parecen ser, en términos de Debord, el nombre de nuestra época. Ahora

bien, ¿por qué esta variación? Pero sobre todo ¿qué nos dice esta variación? Para empezar, que los “viejos” ya no somos los depositarios del saber como los éramos en las sociedades antiguas e inclusive en las modernas. Si en tiempos de patriarcado el padre era el garante del ingreso al mundo, hoy no resulta tan así. ¿Qué sabemos los adultos del mundo, de este mundo? ¿Qué podemos transmitir? Problema, gran problema. Claro está que no se trata de competir contra la época. Por otra parte, sería una partida perdida. Más bien, se trata de pensar un nuevo lugar en estas condiciones. Si bien no parece sencillo, parece necesario.

No hay dudas de que la historia de la familia Berkman transcurre en condiciones post-patriarcales. Por un lado, porque sucede en 1986 en E.E.U.U. Por otro lado y sobre todo, porque el patriarcado (autoridad del padre, subordinación de la mujer y dependencia de los niños) no es el marco general de las relaciones de esta familia. Es cierto que no hay patriarcado pero, en principio, tampoco hay otra instancia de regulación, distinta en sus operaciones y procedimientos pero equivalente en su función.

Bernard es puesto en cuestión por su esposa e hijos. En primer lugar, Joan lo pone en cuestión con su desarrollo profesional e intelectual. Hasta un poco antes de la separación, Bernard es el escritor de la casa y Joan apenas un aprendiz. Pero los roles se invierten y eso inquieta intensamente al “jefe de la casa”. Por otro lado, si bien el hijo mayor admira e imita a su padre en tanto escritor, esa fascinación se va disolviendo, sobre todo, porque se desvanece la figura paterna: no hay cuidados ni ternura, tampoco ley. La relación entre Bernard y Walt parece una relación entre amigos que, inclusive, comparten los deseos por una joven. Respecto de Frank, la relación con su padre es altamente conflictiva. Si Walt admira a Bernard escritor (no a su padre); Frank prefiere jugar al tenis con Iván, profesor de tenis y novio de su madre. Y en ese preferir, prefiere varias cosas: ternura, cuidado, acompañamiento.

En definitiva, *Historias de familia* delinea las consecuencias de la destitución del

patriarcado. Sin patriarcado, como decía un filósofo francés: no dejamos la servidumbre y pasamos a la libertad. Más bien, ingresamos a otro tipo de problemas vinculares.

3. La destitución de la infancia y las etapas de la vida

Uno de los lamentos más recurrentes de los últimos años es la pérdida de la infancia. Es un lamento que se escucha, una y otra vez, en los más diversos ámbitos: en la familia, en la escuela, en la política y hasta en los medios de comunicación. Es evidente que la figura del niño convoca temores, deseos y fantasías del mundo adulto. Pero últimamente los debates sobre la infancia están cargados de ansiedad y pánico. Pareciera que esta infancia nos sorprende, nos asusta, nos incomoda.

Sin embargo, el lugar que el niño ocupa en los debates es muy ambiguo. Por un lado, los niños aparecen como *seres amenazados y en peligro*. Por ejemplo, los maltratos infantiles, tanto en las familias como en las escuelas, son un tópico recurrente de las discusiones. También son frecuentes los artículos y programas periodísticos dedicados a crímenes infantiles, niños abandonados y violaciones de menores. Por el otro lado, los niños también son percibidos socialmente como *seres antisociales y violentos*. La preocupación por la indisciplina familiar y escolar está extendida, tanto como las políticas públicas y programas sociales orientados a combatir la drogadicción y el embarazo infantil. El paraíso infantil, esa infancia frágil e inocente, parece diluirse. ¿Se acabó la infancia?

En cierta medida, estos debates pueden ser interpretados como parte de una preocupación más general por el cambio social. La metáfora de la muerte de la infancia llegó para quedarse, pero no se trata de la única muerte. Además de la muerte infantil, el yo, la sociedad, las ideologías y hasta la historia no parecen gozar de buena salud. Más allá de tal o cual defunción, este tipo de proclamaciones nos recuerdan que somos parte de un proceso de intensa mutación que no podemos dejar de pensar.

¿La infancia es una construcción?

La idea de que la infancia es una construcción social es la posición dominante en los debates actuales sobre historia y

sociología. Inclusive los psicólogos y psicoanalistas tienden a aceptar la perspectiva. La premisa central de esta tesis es el que el niño no es una categoría natural ni universal determinada por las marcas biológicas. Todo lo contrario. Es una construcción histórica, social y cultural sujeta a mutación permanente. Esta visión acerca de la infancia nos recuerda que la representación que tenemos de la infancia, tanto de lo que los niños son como de lo que deberían ser, tiene orígenes relativamente recientes, y se limita a las sociedades industrializadas de Occidente.

En la Edad Media, por ejemplo, niños y adultos compartían espacios, lenguajes y modos de vestir. Los más pequeños, para nosotros los niños, no recibían un tratamiento diferenciado por tener menos edad. El historiador francés Philippe Aries, en *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, analiza el modo de representación de los niños en las pinturas medievales y renacentistas. En esas representaciones, los pequeños no son retratados como niños sino como adultos de menor tamaño. Al parecer, no hay para la sensibilidad medieval, institución infancia. En otros términos, no hay niñez tal cual la conocemos, es decir, como una subjetividad definida por la fragilidad y la inocencia.

Si la Edad Media, y en general las sociedades tradicionales, no diferenciaba el mundo adulto del infantil, las sociedades modernas hacen de esa distinción un pilar de su existencia. Hay espacios para niños, hay lenguaje para niños, hay vestimenta para niños. Más radicalmente, los niños están excluidos de una serie de prácticas. Por ejemplo, el trabajo, la sexualidad y las ceremonias de la muerte. Asimismo, los adultos también están excluidos de otras prácticas. Por ejemplo, el juego. Paulatinamente, lo lúdico empieza a ser un espacio exclusivo para niños y excluyente de los adultos. Pero no se trata solamente de exclusiones. En tiempos modernos, la rutina infantil no será otra que: de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Por eso mismo, los niños modernos eran, fundamentalmente, hijos y alumnos.

Pero si es cierto que la infancia es una construcción, en la medida en que esos espacios de inclusión/exclusión se diluyen, también se diluye la infancia moderna. Al parecer, nuestra situación es esa. Las

instituciones que hacían de los pequeños seres frágiles e inocentes —a saber: familia y escuela, fundamentalmente— están en proceso de mutación. Además de sus formas y funciones, aparentan mutar su razón de ser. Alterados los núcleos productores y reproductores de subjetividad infantil, la infancia no puede ser la misma.

La infancia moderna, una etapa de la vida

La infancia, como etapa vital diferenciada, sólo tiene lugar cuando la vida del hombre es concebida como un devenir reglado de estadios sucesivamente complejos. De esta manera, la infancia es el primer escalón de un circuito vital que progresa hacia la adolescencia, la madurez y la vejez.

La familia moderna, nuclear y burguesa, nació como dispositivo básico de protección de la infancia. Cuando las prácticas sociales comenzaron a distinguir el afuera del adentro (lo privado de lo público), el espacio familiar se transformó en la sede privilegiada de la vida cotidiana. No hallamos infancia hasta que no se constituye la experiencia familiar en interioridad; no hallamos infancia hasta la consolidación de la familia nuclear burguesa, en el tránsito entre los siglos XVI al XVIII.

Cuando se consolida la definición moderna de infancia, durante la segunda mitad del siglo XIX, surgen una variedad de discursos sobre y para la infancia. Durante aquella época, los niños eran separados sistemáticamente del mundo adulto. Poco a poco, se los alejaba de las fábricas en particular y del trabajo en general. En ese nuevo contexto socio-cultural, un conjunto de instituciones, desde la escuela hasta el reformatorio pasando por el hospital y la iglesia, pugnaban por controlar el bienestar de los niños.

Ahora bien, ¿por qué controlar a los niños? ¿Por qué los niños devienen territorio de protección? Según el historiador inglés Hugh Cunningham, la infancia se convirtió en el sustituto de la religión. Si en las sociedades tradicionales, la religión funcionaba como el reservorio de lo sagrado; en las sociedades modernas, la infancia parece ocupar ese bendito lugar. La infancia, frágil e inocente, deviene sagrada. Entre otras cuestiones, porque la infancia es la patria. Así representada por los discursos en cuestión, la infancia será objeto permanente de control y cuidado.

Cualquier discurso moderno produjo esa suerte de exclusión temporal del niño. Pero ninguna institución moderna vio en esa operación un atentado contra los derechos. Más bien todo lo contrario, la infancia dócil, inocente y frágil lo requería.

El paradigma moderno del progreso es el soporte ideológico de la concepción de las edades de la vida, según la cual la infancia es la etapa de espera de la adultez. Dos edades: en una, se es sujeto; en la otra aún no. En la adultez, se es hombre responsable y ciudadano. Mientras que durante la infancia, no se es. El lema de la educación de los Estados Nacionales lo dice, a su manera: *los niños se educan para el futuro; los niños son los hombres del mañana*. En una buena síntesis, la semióloga Cristina Corea señala: los niños modernos son inimputables para el derecho, futuro para el Estado, promesa para la familia, latentes para el psicoanálisis. En resumen, la infancia moderna queda definida por el no ser.

¿Cuál será el destino de la infancia?

La idea de que los niños se hacen mayores sin haber tenido una infancia se ha convertido en un tema básico del sentido común por estos tiempos. Se dice, que durante las últimas dos o tres décadas, se ha producido un cambio radical en cómo la sociedad trata a la infancia y en cómo ésta se comporta.

Según el sociólogo inglés David Buckingham, la vida de los niños y los significados que le atribuimos a la infancia han cambiado de modo radical en las últimas décadas. Al analizar los ámbitos en los que se altera la vida de los niños (el hogar y la familia; la educación; el tiempo libre), el autor registra que las fronteras entre el mundo infantil y el mundo adulto tienden a diluirse. Si bien no sostiene, como algunos otros autores, que la infancia está muerta o en crisis, no deja de considerar, como tantos otros sociólogos e historiadores, que la infancia moderna se constituye a partir de esa separación y exclusión. Las consecuencias de esa indistinción se empiezan a sentir. Por un lado, los niños participan cada vez más de aspectos de la vida adulta (sexo, drogas, alcohol, delito, conflictos familiares, etc.); por el otro, permanecen cada vez más tiempo encerrados en instituciones que, en su mayoría, los entrenarán para el mundo adulto. Por eso mismo, el período en el que

dependen de sus padres –al mismo ritmo- se prolonga.

Sin dejar de considerar las alteraciones en la vida de los niños, la pregunta es inevitable: ¿cuál será el destino de esa infancia, esa infancia que no es precisamente frágil e inocente? En principio, no resulta sencillo responder la pregunta. Pero la pregunta, ante todo, nos enfrenta con una constatación: la infancia ya no es lo que era. Para bien o para mal, no es posible volver en el tiempo. Justamente por eso, tenemos que aprender a lidiar y construir con esta infancia. Ésta es nuestra infancia. Es decir, con unos niños que se escapan al mundo adulto, un mundo de peligros y oportunidades. Si hubo un tiempo histórico en que fue posible retener a los niños en terreno infantil, hoy no parece una posibilidad. Por eso mismo, debemos encontrar el modo de acompañarlos, estén en terreno infantil o adulto.

La constitución de la infancia moderna implicó, entre otras instituciones, la distinción entre espacios infantiles y espacios adultos. La indistinción de esos ámbitos, nos dice, que la infancia ya no es lo que era. Cuando seguimos las trayectorias vitales de Frank pero también de Walt, esos espacios parecen diluidos. Pensemos en diversas situaciones: Frank bebe alcohol, Frank permanece tres días solo en su casa, Frank compra sus medicinas cuando enferma, Frank y Walt están al tanto de las historias amorosas de su madre pero también de su padre, Bernard le cuenta a Walt sobre sus historias personales, etc.

Ahora bien, no se trata solamente del violentamiento de esa distinción. Por el contrario, se trata de su inexistencia. En ningún momento, se dibujo un espacio adulto y un espacio infantil. Cuando esto sucede, resulta de una intervención ajena a Bernard y Joan: el profesor a propósito la canción del festival, la directora tras las masturbaciones en la escuela de Frank, el psicólogo de Walt o el propio Iván, tanto en su condición de profesor de tenis como de novio de Joan. Además, esas intervenciones que distinguen son las que, como resultado de esa misma operatoria: cuidan, amparan, acompañan. Es decir, producen niñez y adultez.

IV

Sufrimiento. Más allá de la caracterización general sobre el sufrimiento, pensar los

padecimientos actuales nos confronta con la revisión de las estrategias heredadas para *hacer* con él. Es cierto que hay especialistas en el quehacer (por ejemplo y según el tipo de sensibilidad: curas, rabinos, psicólogos, psicoanalistas), también es cierto que ese quehacer no es ni debe ser asunto exclusivo de especialistas.

Volviendo sobre el asunto, ¿a dónde nos lleva pensar la variación en los modos de padecimiento? En principio, a lidiar con un problema bien real: si los modos de sufrir son otros (ya lo dijimos unas cuantas veces: ya no sufrimos por vinculación sino fundamentalmente por desvinculación), las operaciones sobre el padecimiento tendrán que ser otras. ¿Cuáles? No sabemos; sin embargo, algo sabemos. Y el contexto nos ofrece una pista: si el nombre del malestar es fragmentación, el dolor se aproxima a la sensación de no ser parte de ninguna organización. Soledad, más que soledad. Nuevamente, las condiciones de época nos orientan en la pesquisa. La construcción vincular, entonces, requiere hacer con la fragmentación. Si ésta nos acerca al sufrimiento, los enlaces nos alejan del padecimiento por desvinculación. En síntesis: nuevas condiciones, nuevas estrategias.

Patriarcado. La pregunta por el agotamiento del patriarcado es una pregunta sociológica enorme. Entre otras razones, por la variedad de consecuencias que genera en el tejido social. Si bien en el campo vincular solemos pensar los efectos fundamentalmente desde el nuevo lugar de la mujer, nos interesa detenernos en otro asunto.

El agotamiento del patriarcado implica la destitución de sus fundamentos. A saber: la autoridad del padre, la subordinación de la mujer y la dependencia de los niños. Ahora bien, esta destitución no generó el pasaje de la servidumbre a la libertad. Es cierto que con su debilitamiento se desataron ciertas cadenas que dominaron y organizaron la vida social por milenios, pero también es cierto que entre la destitución de unas formas de relación y la construcción de otras, hay diferencias y distancias. Por eso mismo, hoy nuestro problema no es el patriarcado sino el postpatriarcado. En tal caso, aquella maquinaria fue fuente de sufrimiento cuando éramos niños y jóvenes. Era otra época, eran otros tiempos.

Ahora bien, las derivaciones de estar en situación postpatriarcado son varias en el terreno vincular: si no renunciamos a la autoridad como principio de regulación subjetiva, cómo la construimos cuando la subordinación y la dependencia ya no son operaciones cardinales. Buena pregunta, gran pregunta. De ninguna manera, se trata de reinstalar aquella lógica. Por otro lado, no sería posible ni mucho menos deseable. El asunto es cómo nos enlazamos bajo otros principios, más justos y más bellos, cuando cae el supraarticulador patriarcal.

Pensemos en las consecuencias de renunciar a la construcción de relaciones en clave de autoridad. Pensemos, por ejemplo, en esa generación de padres y maestros que se resisten a producir y a producirse como autoridad. En resumen, la generación de los no-padres. En este punto, retomo un fragmento de una entrevista al pedagogo Gustavo Iaies (Entrevistas para pensar, La Nación: 3 de julio de 2005):

“Estamos ante una generación que vivió peleándose con sus padres

autoritarios y que a la hora de ejercer la autoridad sobre sus hijos se pasó del otro lado: se volvieron no-padres. Además, se sienten culposos porque trabajan muchas horas o porque se separaron o porque no tienen plata para comprar todo lo que los hijos les piden”.

Una vez más, no podemos tomar distancia de las condiciones de nuestra época. Al pie de los tiempos que corren, la tarea se ve mejor: debemos volver a preguntarnos por la construcción de autoridad en estos nuevos contextos. No se trata de volver atrás, se trata de volver a armar. No queremos ser una generación de no-padres.

Infancia. Si el debilitamiento del patriarcado delimita un problema subjetivo, lo propio sucede con la destitución de la infancia moderna. No es necesario volver ahora sobre la naturaleza del debate sobre sociología e historia de la infancia. Más bien, nos inquieta un aspecto específico del proceso de destitución señalado. Según Buckingham, una consecuencia de la mutación de la infancia es el desdibujamiento de las fronteras entre el mundo infantil y el adulto.

Al parecer, las demarcaciones fundadas por las instituciones modernas entre lo infantil y lo adulto tienden a desmarcarse por razones complejas y diversas. La pregunta política aparece y no podemos dejarla pasar: *qué hacer* ante semejante tendencia.

La respuesta retrógrada, una vez más, es inviable. Si podemos volver en el espacio, no podemos hacerlo en el tiempo. Esta infancia no es la infancia moderna, ni mucho menos. Justamente por eso, tenemos que aprender a lidiar, convivir y acompañar a estos niños.

Cuando asumimos que las condiciones de época son las que venimos describiendo y no otras, el problema deja de ser cómo mantenemos separados el universo infantil del adulto sino cómo acompañamos a los niños en un mundo que diferencia, cada vez menos, entre para unos y para otros. Si sobre lo primero resulta imposible intervenir a cierta escala, sobre lo segundo hay chances y muchas. Pero también en eso recién estamos comenzando.

ⁱ Este texto es el registro escrito de la conferencia dictada en Formosa en el marco de las actividades de Cine y Formación Docente. En esa oportunidad, trabajamos con Historias de familia. El texto plantea algunas líneas conceptuales para pensar las alteraciones en los vínculos familiares en diálogo con las situaciones problemáticas retratadas por la película.